

Tiermes

Guía del Conjunto Arqueológico



12512

GUÍAS DE CONJUNTOS ARQUEOLÓGICOS

II. Tiermes. Ciudad rupestre celtibero-romana.

0070



12.512



TIERMES

TIERMES

(Ciudad rupestre celtibero-romana)

TIERMES

(Ciudad rupestre celtíbero-romana)

Por

TEOGENES ORTEGO

*Académico C. de las Reales Academias de la Historia
y de la de Bellas Artes de San Fernando*

R-38261



MINISTERIO DE EDUCACION Y CIENCIA
DIRECCION GENERAL DEL PATRIMONIO ARTISTICO Y CULTURAL

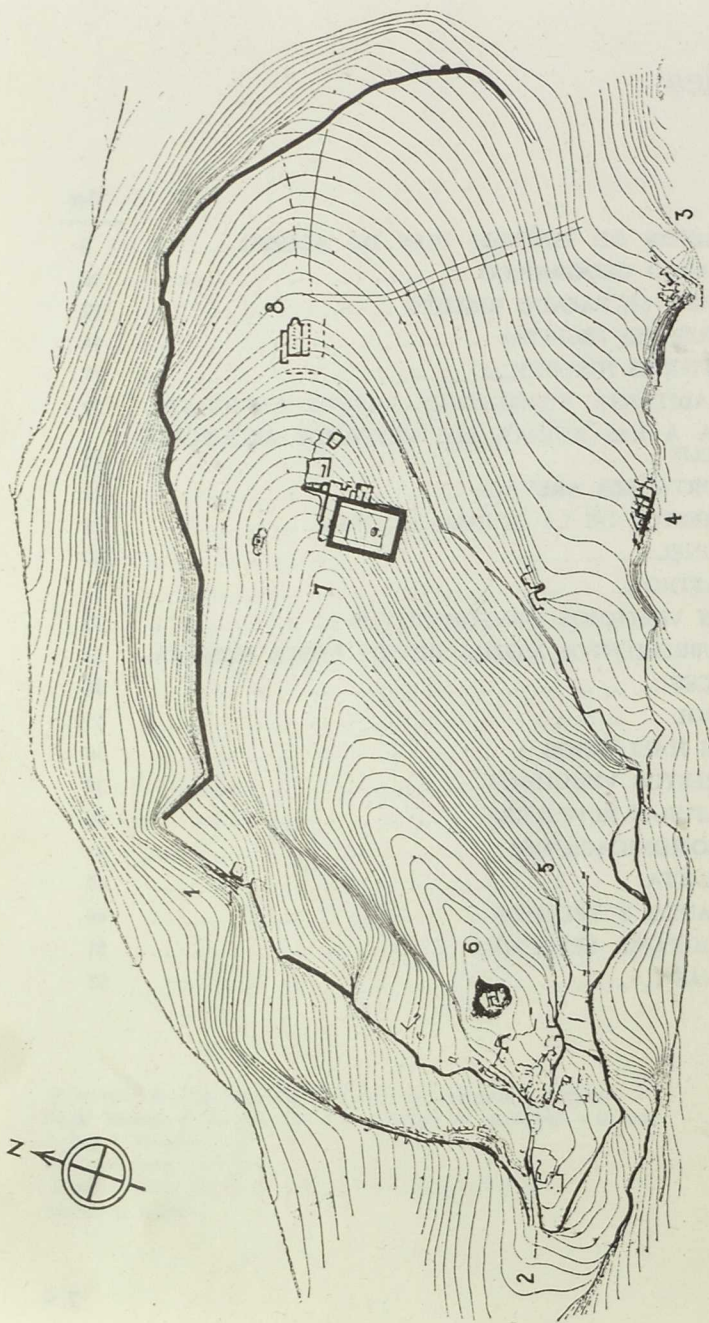
TÉRMINOS

(Cualquier número de libros comprados)

© Servicio de Publicaciones de Ministerio de Educación y Ciencia
Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia
Imprime: Artegraf
Maqueta: Luis F. del Valle
Depósito Legal: M. 21.155 - 1975. ISBN: 84-369-0410-9
Printed in Spain

Indice

	<i>Págs.</i>
SITUACION DE TIERMES. VIAS DE ACCESO	9
EL MARCO GEOGRAFICO	10
TIERMES: SU PASADO REMOTO	12
LAS FUENTES ESCRITAS	14
VICISITUDES HISTORICAS	17
EL HABITANTE TERRESTINO. RASGOS ESENCIALES.	22
VISITA A LAS RUINAS. LOS VESTIGIOS ARQUEOLO- GICOS	25
LA FORTALEZA AREVACA	26
LOS RESTOS DE LA CIUDAD IMPERIAL	29
EL TUNEL	30
EL CASTRO	31
OTROS VESTIGIOS CONSTRUCTIVOS	32
DESCUBRIMIENTOS MOBILIARES DE EPOCA ROMANA.	33
BRONCES	34
MARMOL	35
OTROS HALLAZGOS	36
LOS RESTOS VISIGODOS	39
SEPULTURAS RUPESTRES	40
LAS COMUNICACIONES	41
LA ERMITA	43
AÑORANZA Y PROMESA	49
BIBLIOGRAFIA SELECTIVA	51
LAMINAS	53



PLANO DE TIERMES

1. Puerta de la ciudad celtibérica.—2. Entrada a la acrópolis.—3. Puerta llamada «del Sol», en el sudeste de la ciudad.—4. Habitaciones celtibéricas romanizadas.—5. Un tramo del túnel excavado en la roca.—6. Ruinas del supuesto templo de Mercurio.—7. Ruinas del castro romano.—8. Ermita románica de Santa María de Tírmes

Situación de Tiermes. Vías de acceso

La histórica ciudad de Tiermes, o Tiermes, se encuentra situada al suroeste del territorio soriano, en el término municipal de Montejo, a 102 kilómetros de la capital. Los primeros 68 kilómetros de esta ruta se salvan por excelente carretera desde Soria, por Burgo de Osma y San Esteban de Gormaz; el resto, desviándose hacia el Sur, por camino vecinal, practicable en todo tiempo con cualquier clase de vehículos hasta Montejo. El tramo final de 7 kilómetros, que separa a esta localidad de Tiermes, se ha construido recientemente, habiendo quedado abierto al tránsito rodado. Este centenar de kilómetros no cuenta para quienes por itinerarios procedentes del Este o del Sur pretendan llegar a Tiermes. De Valladolid o Madrid, por ejemplo, el punto convergente de su etapa más larga será San Esteban de Gormaz; los últimos treinta y cuatro kilómetros se salvan como dejamos indicado. El regreso, por ahora, ha de hacerse desandando la misma ruta.

El marco geográfico

La plataforma rocosa, que constituye en su máxima altura el lugar de asentamiento de los habitantes termestinos, se delimita en toda su extensión por una cota de 1.220 metros sobre el nivel del mar, remontándose veinte metros más la curva que determina la acrópolis de la ciudad.

Su disposición alargada se va elevando desde el Este, por cuyo punto ofrece el único campo accesible. En el resto del perímetro se recortan los acantilados del sólido bastión, bien visto cuando fue elegido para establecer la antigua fortaleza tribal con miras defensivas.

El paisaje geográfico en torno a Tiermes se define desde el Norte por el perfil recortado del páramo hacia la vallonada de Liceras y Montejo; el cerro de los Castillejos —abrigo en avanzada de un poblado desaparecido— y más allá la enorme loma salpicada de vetustas encinas, que al caer por un lado hacia la hoz de Carrascosa de Arriba, deja paso a las comunicaciones transversales de los páramos, y por otro permite ver la sucesión de raídas pendientes de coloración rojiza encendidas con el sol poniente. A primer término viene una alargada emergencia rocosa de escasa altura, con buzamiento hacia el Este, cuyo frente del mediodía se ha convertido en un extenso majadal.

Mas al Este, los perfiles de la quebrada tectónica convergen a ambos lados para dar paso al río Tiermes, apenas nacido, que cruza la hondonada hasta ocultarse a la altura de Carrascosa en el profundo tajo del páramo, camino de las Hoces. Al fondo se recortan el picacho de la Atalaya, vértice geodésico de primer orden con 1.326 metros de altitud, y cuyas estribaciones, desde Valderromán, condicionan la morfología limítrofe de este sector. A sus pies, una áspera cañada de cultivos de secano se corta en Cañicera, con la nota de un rodal de chopos que delata la presencia de la aldea.

En el frente sur la topografía se anima por la presencia de formidables emergencias rocosas, que se elevan verticalmente desde la vaguada, determinando el curso del río entre sotos exuberantes a lo largo de la vega de Manzanares; choperas y olmedos prosperan en las lindes para cercar los verdes pradillos y la estrecha faja de cultivos de huerta.

Más adelante el panorama se amplía tornándose variado y risueño. La vegetación, el roquedo ingente, el río Tiermes, que llega entre frondas a los pies de la Ciudad, y las notas que humanizan el paisaje, contrastan con la acritud desoladora de otros sectores. La vista resbala por las reseca barbecheras hasta las lomas cubiertas de estepas y marojos. Al fondo cierra el horizonte, en una visual de 4.500 metros, con una docena de kilómetros de recorrido desde Tiermes, la sierra de Pela, que eleva hasta una altura máxima de 1.500 metros, sus picachos divisorios de las vertientes del Duero y Tajo, límite a la vez entre las dos Castillas.

Los perfiles serranos acusan, de azquierda a derecha, la llanada remontante hasta el marmóreo cerro de la Esculca, el Pico, Rivalope, Torrecilla y el Cerro Bordega, desgajado hacia primer término, con su altura culminante de 1.544 metros. Esta línea accidentada de picachos deja entrever los portachuelos a los que indefectiblemente se encaraman las sendas de herradura para ganar la vertiente opuesta y determinar una red de viejos caminos. Ello justificaría, en cierto modo, el establecimiento de Tiermes, en un punto geográfico estratégico, que aseguraba la vida de relación entre las tribus vecinas de arevacos y carpetanos, establecidos al norte y al sur de la sierra divisoria.

Hacia el Oeste, el horizonte se dilata infinito sobre extensiones de robledos y encinares. La fértil vega del río Pedro se adivina entre quebradas desde el pie de sierra. Detrás del Bordega y de la Mata de Pedro, se va alejando la arista azulada del serrijón, que culmina en el corte violento del Pico de Grado. Quedan próximas, a la derecha, las prolongadas formaciones de areniscas rojizas encumbradas en bancos potentes, que caracterizan y encuadran por doquier, el accidentado paisaje en torno a la fortaleza de Tiermes.

Tiermes: su pasado remoto

El somontano de la Sierra de Pela, divisoria entre el Duero y el Tajo, se vio animado en tiempos prehistóricos por las tribus dedicadas a la caza y al pastoreo, que sentaron las bases de una economía ganadera mantenida florecientemente en el transcurso de los siglos.

De su remoto pasado hemos reconocido en prospecciones arqueológicas y hallazgos casuales, materiales líticos tallados y pulimentados, y especies cerámicas en sus formas más generalizadas, si no abundantes, sí lo suficientemente expresivas para afirmar la presencia en estos parajes de gentes portadoras de elementos culturales, que se remontan a los comienzos del período neolítico hispano, y que asisten al largo proceso de la edad de los metales, manteniendo sus tradiciones primitivas hasta el alborear de los pueblos históricos.

Abrigos rocosos al pie de los grandes acantilados con huellas de aprovechamiento humano; vestigios de pobres cabañas a orillas de los regatos apenas nacidos, sorprendentes excavados en las plataformas de los bloques de areniscas para asentamiento de elementales refugios, y muestras de la vida espiritual de estas gentes en el simbolismo mágico-religioso que encierran las insculturas visibles en los frentes de roca viva a lo largo de los vallejitos, hacia Manzanares y Sotillos, son igualmente testimonio de cuanto dejamos expuesto.

Si para estas tribus primitivas fue la comarca, apetecida mansión de su vida errante, hasta convertir las fértiles cañadas en pacíficos dominios susceptibles de explotaciones agrícolas, con el consiguiente cambio de vida, el temor ante posibles invasiones de pueblos extraños despertó en las gentes un afán común de libertad y de lucha por su independencia.

Fácil fue entonces elegir como solar adecuado para establecerse militarmente, el destacado montículo de escarpadas laderas, cuyas condiciones naturales constituían un extraordinario baluarte defensivo.

En el sector más elevado del cerro se acusa esta preocupación, ya que en la gran plataforma escalonada y a la altura de la acrópolis se perfilan, tallados en la roca, contornos de vivien-

das cuadrangulares con líneas de hoyuelos entre los que alternan, espaciados, otros de mayor tamaño, los cuales acusan un sistema de construcción, mediante una estructura de madera en la que se intercalan colondos, que permitían un entramado de ramaje en forma de seto, bien dispuesto para recibir por ambas caras un fuerte revestimiento de barro. Estos vestigios de habitación humana acusan la técnica característica del neolítico de larguísima perduración en los pueblos de la meseta.



Las fuentes escritas

Termes o Tiermes, figura por primera vez en la Historia el año 143 a. de J. C. como ciudad arevaca no sometida a Roma. A ella aluden Apiano y Diodoro refiriéndose a la campaña de Cecilio Metelo contra los celtíberos; Floro y Salustio al narrar la sublevación de Termes en favor de Sertorio y el consiguiente desquite romano saqueando los *agri Termestinatorum*; Tácito, en un conocido pasaje de los anales, nos cuenta el episodio de un campesino de la *natio Termestina*, que asésinó al cónsul Pisón por sus crueldades, y Plinio, Ptolomeo y el Ravenate destacan la significación de la ciudad, perteneciente al convento cluniense, como uno de los seis «*oppida*» con que cuenta el pueblo arevaco, en cuyas vicisitudes se mantuvo estrechamente ligado a Numancia. Grabado en bronce, aparece también el auténtico nombre de Termes y de sus habitantes *Termestini* en la inscripción, con carácter de *hospitium publicum*, que fue hallada recientemente en Peralejo de los Escuderos, aldea de la misma comarca.

En el transcurso del tiempo, sin fundamento histórico y solamente por razones eufónicas con Numancia, se ha denominado Termancia a esta ciudad que más propiamente debe llamarse Termes, conservando su primitivo nombre, o Tiermes, tal como ha pasado a la posteridad ajustándose a la evolución de las vocales tónicas al formarse el latín vulgar mantenido en los orígenes del castellano.

El nombre de Tiermes se conserva actualizado en el de la ermita asentada en el solar de las ruinas con la secular advocación a la Virgen, y en los topónimos —montes, caminos y ríos— relacionados con este paraje.

Durante la Edad Media podemos fechar alusiones documentales a Termes. En 1136, por sentencia dirimiendo las cuestiones sobre límites de los obispos de Sigüenza, Osma y Tarazona, y en el mismo año, cuando Alfonso VIII confirma la concordia hecha entre los obispos de su reino, señalan: «*Caracenam cum omnibus aldeis suis et cum duobus monasteriis Sancti Salvatoris et Sanctae Marie de Termis*», con cuyo invariable texto volvemos a encontrarla citada en las bulas pontificias y cartas reales de mediados del siglo XII.

En los comienzos del siglo siguiente (1207) vemos ya citado como parroquia el antiguo cenobio de Santa María de Termes. La aldea debió existir en torno a la Iglesia Monasterio, arrasando una vida lánguida, mientras la comarca se iba repoblando, tras las vicisitudes de la Reconquista, al amparo de la paz. Los pueblos nuevos adoptaron nombres que obedecen a particularidades del medio geográfico; su economía, esencialmente pastoril, quedaba completada con una elemental agricultura, y así debía de permanecer a lo largo de los siglos.

A mediados del siglo XVI nos consta por Ambrosio Morales, que la aldea estaba casi despoblada. Otros eruditos de la época aluden a su emplazamiento «cerca de la ciudad que antiguamente se llamaba Termancia cuyos fundamentos agora se ven ruinaos».

De Loperráez procede una expresiva información con motivo de su visita en 1788: «La ciudad que estuvo en la región de los arevacos y no distante de Uxama, fue Termes, nombrada en la Historia por sus hazañas, hermandad y unión que guardó con las ciudades inmediatas», reseñando también con agudeza de investigador, sus hallazgos y restos más visibles.

Nicolás Rabal, a partir de 1887, dedicó a estas ruinas artículos en revistas especializadas, y trabajos monográficos que ilustró el dibujante Isidro Gil. En 1888 publicó en el «Boletín de la Real Academia de la Historia» la descripción detallada de las mismas.

Desde los comienzos del siglo, su conocimiento es renovado insistentemente; sus impresionantes ruinas suscitan la curiosidad y estudio de cuantos investigadores nacionales y extranjeros orientaron su vocación científica hacia este sugestivo campo de la Arqueología.

En 1910, el conde de Romanones practicó excavaciones de reconocimiento a sus expensas. En los tres años siguientes Narciso Sentenach, primero, e Ignacio Calvo, después, dirigen amplios trabajos subvencionados por el Estado. También Schulten, en 1911, había revisado con algún detenimiento el histórico solar, tratando de dilucidar ciertas cuestiones planteadas en la interpretación de las ruinas. Sin embargo, fue Blas Taracena quien, en sucesivas campañas en los años 1932 y 1933, realizó excavaciones oficiales y estudios, que ofrecen la visión más objetiva y sistemática de lo que fue la ciudad celtibero-romana de Termes.

Posteriormente, Obermaier, Aoberg, Zeiss, García Bellido y Alvaro d'Ors, han estudiado aspectos concretos, más o menos monográficos, relacionados con sus impresiones de nuevas visitas, valorando cuanto habían descubierto tan eminentes excavadores, o interpretando doctamente hallazgos más recientes.

Vicisitudes históricas

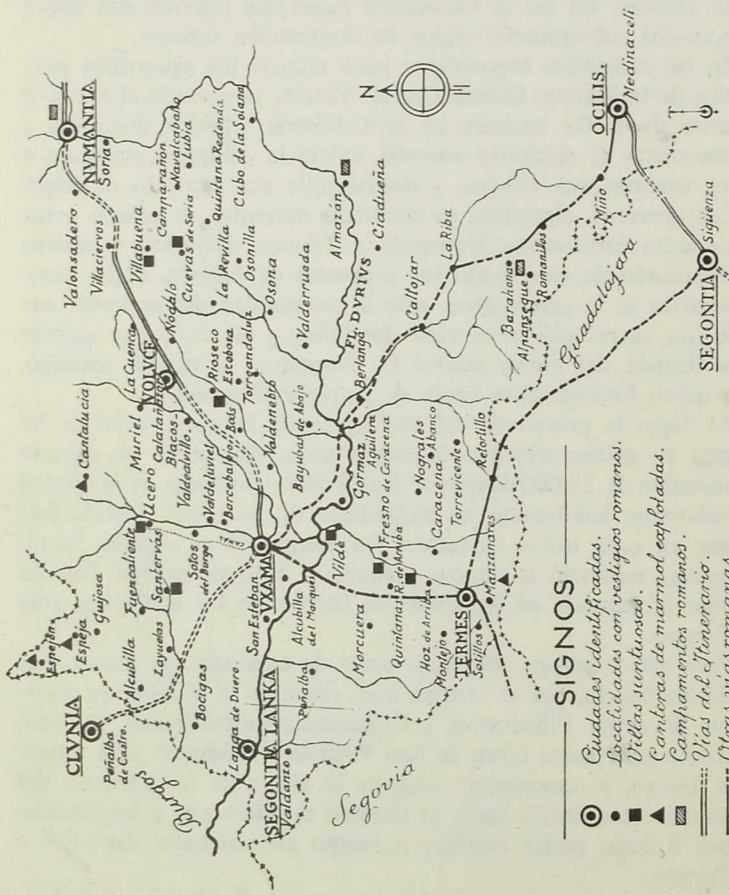
Los hechos históricos más trascendentales de las guerras celtibéricas tuvieron excepcional repercusión en la ciudad arevaca de Termes; tal fue el importante papel que jugó en esta época y en los subsiguientes siglos de dominación romana.

En las campañas organizadas para reducir los aguerridos pueblos de la Meseta, Quinto Cecilio Metelo, ya entrado el año 142 antes de J. C., irrumpe en la Celtiberia Ulterior dispuesto a conquistar el territorio arevaco. Inicia la campaña atacando a los vacceos, sus aliados, y destruyendo sus cosechas de trigo. Los arevacos, siguiendo su estrategia defensiva se acogen a sus ciudades fortificadas, Numancia y Termes, dispuestos a resistir frustrando de este modo los proyectos de Metelo. Malas perspectivas se le presentaban ante la proximidad del invierno, por lo que se refugió en el valle del Jalón, y allí tuvo que esperar la llegada del nuevo cónsul Q. Pompeyo, su mortal enemigo, a quien forzosamente había de entregar el mando.

Al llegar la primavera del año siguiente, Pompeyo trató de lograr su primer objetivo lanzando sobre Numancia un ejército consular de 32.000 hombres. Los 8.000 defensores de la ciudad resistieron hábilmente las embestidas de Pompeyo. Viendo éste que en cada nueva intentona iba mermando su ejército inútilmente, renunció a nuevos ataques y trató de probar fortuna ante la segunda de las ciudades fuertes de los arevacos: ante Termes.

Para esta empresa, Pompeyo hubo de conducir sus tropas desde Numancia, por el camino que, salvando la altiplanicie soriana, lleva por Villaciervos y Calatañazor hasta Uxama. De aquí continuaría hasta cerca de San Esteban de Gormaz para cruzar el Duero, y remontando después la altura de los páramos del suroeste provincial hacia el término de Morcuera y las Quintanas Rubias, poder caminar a campo abierto hasta dar vista a Termes.

A Pompeyo le pareció fácil apoderarse de la ciudad y anhelaba esta presa como desquite al descalabro numantino; pero el primer asalto le costó setecientos hombres. Sin darle tiempo a reaccionar, en la misma jornada, los terrestinos contraatacaron, pusieron en fuga al ejército romano, derrotaron en la retaguar-



SIGNOS

- Cidades identificadas.
- Localidades con vestigios romanos.
- Villas suntuosas.
- ▲ Canteras de mármol explotadas.
- ▣ Campamentos romanos.
- Vías del Itinerario.
- Obras vías romanas.

día a un tribuno portador de un convoy y, en un tercer encuentro violento y audaz, consiguieron despeñar a la caballería y arrinconarlos en las barrancadas donde, a decir de Apiano, «tuvieron que pasar la noche sobre las armas, muertos de miedo».

Al amanecer del segundo día se reanudó la batalla. En todo su desarrollo la suerte favoreció a los terrestinos, quienes del alba al anochecer llevaron la iniciativa del ataque, pues no en vano contaban con la posición más favorable a sus espaldas, y conocían, palmo a palmo, todos los vericuetos y reductos del campo de operaciones.

Pompeyo reagrupó su diezmado ejército; abandonó aquellos lugares, y tras algunos episodios y mermados éxitos, como la toma de Malia, que conquistó después de matar alevosamente a la guarnición de soldados numantinos, marchó a la Edetania (Levante) para tratar de reducir al guerrillero Tangino; propósito que consiguió de una manera rápida y eficaz.

Pero estos hechos esporádicos no compensaban suficientemente los descalabros, desilusiones y la tensión permanente creada entre los romanos por la actitud heroica de las ciudades celtíberas. Ante este estado de cosas llegó una comisión del Senado Romano recomendando a Q. Pompeyo la paz con los celtíberos en cualquier coyuntura propicia. Esta no se hizo esperar, pues los celtíberos, con sus cosechas arrasadas, cansados de tantas luchas y halagados por las beneficiosas condiciones de amistad ofrecidas, entraron en negociaciones con Pompeyo. De nuevo Termes y Numancia intervienen hermanadas, mostrándose bien dispuestas a concertar una paz duradera. Estipuladas las condiciones, canjearon los prisioneros de guerra y entregaron, por exigencias del general romano, a los desertores de su ejército, algunos rehenes por cada ciudad y treinta talentos de plata (180.000 denarios), que los celtíberos pagaron en los dos plazos concertados. Desgraciadamente la paz duró muy poco. En cuanto Pompeyo recuperó sus hombres más significados, revocó el pacto sin devolver a los celtíberos las cantidades estipuladas para conseguir la paz. El Senado confirmó la anulación arbitraria del pacto, evidenciando, con tan innoble proceder, su relajado fondo moral.

Una vez más, la buena fe del pueblo celtíbero había sido sorprendida por el general romano.

Entre tanta crueldad y perfidia, los celtíberos refuerzan su liga de pueblos hispanos, manteniendo a raya, uno tras otro, a los pretores, durante más de cuarenta años.

Es ahora Tito Didio quien entra en el juego bélico. Pide y obtiene el mando del ejército consular, penetrando en España en el año 98 a. de J. C. Cinco años le costó restablecer la tranquilidad. El teatro de la guerra fue la actual meseta de Castilla la Vieja; tierra entonces de celtíberos y de vacceos, sus aliados.

De las ciudades celtibéricas, Termes es una de las que con mayor arrojo lucharon contra el ejército romano. Al fin Termes, que nunca había sido vencida por Roma, sucumbe en el año 97 en esta campaña. Didio la castigó destruyendo gran parte de la ciudad, arrebatándole sus riquezas y obligando a sus habitantes a establecerse en un lugar abierto, edificado en la llanura. Terminada la feroz incursión de Tito Didio, éste regresó triunfalmente a Roma a mediados de junio del año 93 a. de J. C.

La rendición de la Celtiberia por las armas sólo podía acarrear una paz aparente. Ansias de revancha y conspiraciones a los cuatro vientos llenan los veinte años siguientes, al cabo de los cuales vuelve a sonar el nombre de Termes en unión de Numancia y Uxama, en cuyos habitantes había calado muy hondo el pensamiento político de Sertorio.

Desde el otoño del año 75, Pompeyo el Magno irrumpe en la Celiberia, forzando a Sertorio a una batalla campal que éste rehuía sagazmente, hasta el extremo de que Pompeyo, fracasado ante los muros de Clunia, se vio obligado a abandonar la empresa retirándose hacia el Ebro, seguido de cerca por Sertorio. Mientras Pompeyo se situaba en Pamplona, su legado Titurio operaba en las tierras del alto Duero. Acosado por Sertorio, cuyos guerrilleros dificultaban su aprovisionamiento, buscó Titurio trigo en el interior del país y se apoderó del que guardaba la comunidad de Termes, ciudad que en esta guerra reaparece en rebeldía contra Roma. Llegamos al año 73 y Pompeyo acomete y acaba él sólo la conquista de la Meseta. Una tras otra las ciudades se le rendían sin lucha. Sertorio perdió este año toda la Celtiberia Ulterior, refugiándose en el valle del Ebro, donde todavía, desde Calahorra hasta Tarragona, contaba con ciudades adictas. La estrella de Sertorio se iba eclipsando; llegó a desconfiar de su séquito romano en el que cundía la decepción por la amnistía prometida por el Senado, fiando

su guardia personal a soldados españoles entre los que contaba con buen número de leales celtíberos.

Tras el asesinato de Sertorio, algunas ciudades que habían abrazado su causa, decidieron continuar la resistencia. Eran las principales: Termes, con Uxama y Clunia en la Celtiberia; Calahorra y Huesca en el valle del Ebro, y Valencia en la costa. Todas fueron finalmente sometidas; la última, Calahorra, siguió el ejemplo numantino con su extremada e inútil resistencia. Así terminó la secular lucha de la Celtiberia por la libertad.

Pompeyo hizo su entrada triunfal en Roma el 29 de diciembre del año 61. Había cumplido una dura misión.

El habitante termestino. Rasgos esenciales

La diferencia ambiental entre la Celtiberia Ulterior y la Citerior, es realmente profunda en cuanto a posibilidades y medios de vida. Las variaciones del suelo, de la altimetría, y, por tanto, del clima, motivaron esa diversidad característica, que afectó también al elemento humano. Los límites naturales habían de definir la estabilidad comarcal de los núcleos habitados.

Schulten, siguiendo a los autores romanos, denominó celtíberos citeriores a los habitantes del Jiloca y del Jalón, y celtíberos ulteriores a las tribus del valle del Duero. En la Celtiberia Ulterior ocupada por pelendones y arevacos, se delimita aproximadamente la actual provincia de Soria.

Los escritores de la antigüedad acusan la hostilidad del medio geográfico: Estrabón nos dice, que la Celtiberia es región áspera y monañosa y su terreno, por lo común, estéril. Apiano y Plutarco hacen constantes referencias a la dureza del clima, a la nieve, al hielo y al terrible «circius» o cierzo, nombre que se conserva en Castilla para el viento del Norte, el más frío que sopla en la región. En consonancia con el clima utilizaron el *sagum* ibérico; recias vestimentas y ásperos sayones sujetos con cinturones y fíbulas resistentes, así como una especie de dalmática con falsas mangas y capuchón, a veces confeccionados con pieles de animales que conservaban el pelo o la lana para hacerlos más impermeables.

Los ritos de incineración de sus necrópolis no han permitido estudios antropológicos de conjunto; sin embargo, podemos asegurar que los escasos restos hallados, que eran dolicocefalos, musculosos y de talla media; tipos bien representados en los campesinos actuales de estas tierras, donde predominan los morenos de mediana altura, sobrios, resistentes para el trabajo y con gran capacidad de adaptación a todos los rigores climatológicos. Así, Trogo, que tuvo contacto con las gentes de estas tierras, pudo decir: «Tienen preparado el ánimo para la muerte y el cuerpo para la abstinencia y la fatiga.»

De su carácter podemos formarnos idea por los rasgos destacados en episodios y anécdotas relatados por los historiadores de la época. Con frecuencia aluden al valor hispánico cuya entereza simboliza la Celtiberia orgullosa y altiva. Floro y Valerio

Máximo aciertan a señalar al pueblo mismo como principal valor de Hispania, ya que con oscuros dirigentes desarrollan altas iniciativas. La representación nacional aparece asumida en los momentos más decisivos por los habitantes de la árida Meseta, más pobres en suelo y en género de vida que los de la costa, pero que merecen ser señalados como nervio y vigor de la totalidad peninsular: «*Celtíberos, id est robur Hispaniae.*» Diodoro Sículo nos cuenta, que a los numantinos y termesios, que habían enviado proposiciones de paz a los romanos, se les otorgó la paz con estas condiciones: las dos ciudades habían de entregar al pueblo romano trescientas personas en rehenes, nueve mil trajes, tres mil pieles, ochocientos caballos de guerra y todas sus armas, después de lo cual serían los romanos sus socios y amigos. Señalado el día acudieron las ciudades con cuanto se había convenido; pero al llegar a la entrega de las armas, se apoderó del ánimo de la multitud el amor a la libertad y el sentimiento de su nobleza. Lamentábanse todos de tener que despojarse de sus armas, y arrepentidos del pacto consentido, increpábanse mutuamente padres a hijos, hijos a padres, mujeres a maridos.

Renuncian por fin a soltar las armas, y recobrando el antiguo aliento, vuelven a declarar la guerra a los romanos.

No menos expresiva es la noticia que nos da Tácito sobre el celtíbero de Termes, quien en el año 25 de nuestra era, en tiempo de Tiberio, pasó a la próxima ciudad de Uxama para dar muerte al cónsul L. Pisón. Consumada la conjura fue capturado por los romanos tras dramática persecución y condenado a la última pena.

Cuando caminaba hacia el suplicio, con serenidad ejemplar, e indiferente al sufrimiento, iba invitando a sus compatriotas para que presenciaran su muerte, y después de proclamar que no delataría a sus cómplices, escapó de las manos de sus custodios y se estrelló contra unas peñas.

En circunstancias extremas eran portadores de activos venenos que utilizaban para librarse, con la muerte, de la tiranía o la violencia, o para inmolarsse sobre el sepulcro de las personas a quienes habían jurado lealtad; hechos que Plinio califica como *vehemencia cordis* de las gentes hispanas.

A decir de Poseidonio, mantenían inflexibles sus principios morales; eran crueles con los enemigos y malhechores, buenos y humanos con sus huéspedes. Acogían entrañablemente al foras-

tero y se disputaban el privilegio de hospitalidad; «aquellos a quienes los forasteros siguen, son considerados dignos de alabanza y agradables a los dioses».

Otras cualidades eran el agradecimiento y la fidelidad, acreditados en diversos pasajes aun vistos del lado romano, el cumplimiento de sus compromisos y el respeto a la palabra empeñada; todo lo cual refleja una acusada personalidad y el culto a la propia estimación.

Estos rasgos característicos se condensan y exaltan en el tradicional amor a la independencia y en la franca hostilidad a todo lo extranjero, incluso en las manifestaciones de orden superior, repitiéndose en diversos episodios el sublime sacrificio de vidas y haciendas antes que tolerar la sumisión al vencedor. Torturada y tenazmente lucharon por una independencia a la que hubieron de renunciar entre claudicaciones y esperanzas. Dejaron así marcada la línea de conducta que los pueblos de la Meseta habían de seguir a lo largo de su historia.

Visita a las ruinas.

Los vestigios arqueológicos

A las fuentes escritas legadas por la antigüedad referidas a Tiermes, podemos añadir el valor documental de los materiales arqueológicos obtenidos mediante excavaciones, tales como hallazgos epigráficos, monetarios, iconográficos, urbanísticos, monumentales, etc., todos los cuales contribuyen al mejor conocimiento de su pasado.

La observación de las ruinas y sus contornos, permiten al visitante reconocer las etapas históricas más interesantes de la Ciudad. El espacio ocupado por arevacos independientes se extiende a la acrópolis y poblado; el sector de los celtíberos sometidos, a partir del año 97 a. de J. C. acusa dos puntos de asentamiento: uno en las vertientes del cerro, según fórmula constructiva indígena, y otro, extramuros, quinientos metros al Norte, cuyas plantas se delimitan en la superficie tallada de un extenso banco de areniscas compactas elegido para asiento de cimentaciones.

Por último, la Ciudad de época imperial, domina la zona más fácil, y en ella se advierten las ideas progresivas y confortables de las construcciones romanas, sin excluir lo estimable y práctico de las viviendas indígenas.

La fortaleza arevaca

El extremo occidental y más elevado del cerro lo constituye una ingente formación rocosa de areniscas triásicas, que se remontan más de treinta metros sobre el nivel base.

En su máximo avance, hasta Oeste, se encuentra la entrada a la acrópolis, a la que se llega recorriendo un corte vertical de seis metros de altura y tres metros de anchura, prolongado por un pasillo ascendente de treinta metros hasta terminar en la cumbre, en la que se advierten huellas de empalizada destinada a reforzar la defensa de este principal acceso.

Hacia la mitad del pasillo de entrada, dos amplias cajas laterales talladas en la roca, sirvieron para empotrar los batientes de madera de la puerta. Sobre el extremo más elevado de la rampa, a su derecha, un excavado cilíndrico centra un punto culminante, que serviría de puesto de vigía, desde el que se domina el sector de poniente, completando así el carácter militar de la acrópolis.

El elevado escalón de base no permitió por esta puerta el tránsito rodado; para este fin, se abrió a pico, a media ladera del costado Norte, una rampa practicable en la que todavía se acusan las rodadas de los carros. A su derecha queda una amplia dependencia rectangular que serviría de cuerpo de guardia. La distribución de las viviendas en la acrópolis y en el burgo arevaco obedece, en parte, a la irregularidad de la superficie rocosa escalonada. Estas viviendas de carácter rupestre fueron absorbidas posteriormente por la muralla de época imperial y, en el trazado de sus dependencias, han podido apreciarse influjos romanos.

Las viviendas de la acrópolis suelen tener cuevas prismáticas, rara vez acampanadas, con boca central y rebaje para encajar la tapa. El destino de alguna de ellas para silo, se advierte en las ranuras practicadas en caras opuestas, que permitían colocar larguerillos de madera para hacer compartimientos de separación de dos o más productos agrícolas.

Rampas escalonadas y picadas, estrías en la pendiente, cortes verticales, mechinales para vigas de techumbre y habitaciones rupestres con vanos y significativos detalles de utilización práctica, siguen desarrollándose en el ala de mediodía.

Las casas son de dos plantas; la inferior suele tener una gran habitación exterior y una cueva. A su lado quedan las mortajas de los rastreles de una larga escalera cuyos últimos peldaños se labraron en la roca por su emplazamiento apoyado en la pendiente. En las habitaciones del piso alto existen parejas de agujeros excavados irregularmente para tendido de una trama divisoria. Hacia el Este se encuentra otra vivienda que comunica con sus dos plantas por una escalera interior, y en la parte baja conserva por completo la techumbre rocosa de dos habitaciones: la del fondo con hogar alto y cóncavo como los de la acrópolis y una pequeña repisa o tederio para alumbrado. La habitación exterior conserva cuatro alacenas en hornacina con huella de cierre y una amplia ventana. Excavados practicados en roca y líneas de mechinales para encajar las vigas, denotan la distribución de los apoyos y la altura de las cubiertas. Bancos tallados se prolongan a lo largo de la pared donde familiarmente, amigos y deudos, velarían al amor de la lumbre en las largas noches invernales. A descubierto quedan dos puertas de entrada correspondientes al recinto murado indígena; la del Sur apenas se acusa, la del sudeste, llamada «Puerta del Sol», por la que pasa el camino de Torresuso a Manzanares, se abre entre pétreos macizos, con mortaja para los batientes de las hojas de la puerta y las cajas de apoyo adintelado sobre el remate de pilares. Flanquean la entrada habitaciones ahondadas en la roca que servían para el cuerpo de guardia. De esta puerta hacia el exterior se desarrolla un graderío de 70 metros de longitud, adaptado a la pendiente, a modo de cávea de un teatro, dominando una explanada baja, bien dispuesto para la celebración de reuniones o espectáculos públicos.

Todos los vestigios apreciables de las construcciones celtibéricas son de carácter rupestre; los hallazgos de armas, utensilios y recipientes cerámicos obtenidos por los excavadores en el fondo de las mismas, se han datado entre finales del siglo IV y el año 97 a. de J. C., fecha de la conquista por Tito Didio en que se impuso a los termesinos desalojar la acrópolis y establecerse en el llano, con la obligación de no fortificarse. A esta deprimemente situación indígena deben corresponder, según Taracena, los indicios de viviendas adosadas al frente vertical de los acantilados de la acrópolis, y las líneas de casas que excavó en el sector Sur, apoyadas en el primer escalón del cerro y con entrada a nivel de la llanura; así como los importantes vestigios

de explanación en la plataforma rocosa, que si por un lado parece cantera de superficie, por otro pudiera corresponder a cimentaciones de una agrupación urbana ubicada 800 metros al norte de la ciudad, en una rasada indefensa, dominada por la fortaleza termestina.

Los restos de la ciudad imperial

La ciudad romana de época imperial queda perfectamente delimitada por la muralla, que cerca en el cerro una extensión de 21 hectáreas, rebasando el sector urbano de la parte no acantilada.

La muralla mide de 3 a 3,50 metros de espesor y las torres semicilíndricas 4,90 metros de radio. Su construcción se supone del siglo I de J. C., aunque sufrió rectificaciones posteriores.

Los impresionantes vestigios de construcciones de la ciudad imperial son de los más significativos con que cuenta la arqueología provincial.

El túnel

En la parte baja de la acrópolis se encuentra un túnel con dirección Oeste-Este, abierto a pico en el costado del macizo rocoso, al que nos conduce una galería de 40 metros, abierta lateralmente. La entrada tuvo una puerta acoplada a la roca por la que se penetra al túnel abovedado de 2,32 metros de altura y 0,90 metros de ancho en la entrada y 1,50 por 0,95 metros en el último punto visible. A los 35 metros de recorrido se llega al primer pozo cilíndrico para ventilación, de 10 metros de altura y 1,40 metros de diámetro, cegado actualmente por arrastres de tierras y piedras del exterior. Tres pozos más, espaciados 35 metros, pueden apreciarse desde el exterior, correspondientes a otros puntos de comunicación con el túnel, acusando para el mismo una longitud de 105 metros. En todos ellos se advierte un dispositivo formado por dos grupos verticales de oquedad en la roca, para facilitar la bajada. Sobre esta importante obra no se ha dicho aún la última palabra, ya que, aparte de la hipótesis sobre un posible acueducto, arqueólogos de la categoría de Adolfo Schulten y Blas Taracena desechan tal condición, pero difieren en cuanto a su finalidad. El primero, supone la galería y el túnel como obra defensiva, y el segundo, después de estudios comparativos, lo considera como cloaca de la ciudad. Sea cual fuera el ingenioso destino que le dieran sus tenaces constructores constituyen un claro exponente del alcance de esta fortaleza y de la importancia urbanística de Termes.

El castro

Al oeste de la ermita, hacia el centro de las ruinas, se encuentra una fortificación de planta rectangular emplazada en la ladera, cuyos muros de hormigón romano y sillarejo tabular miden 45 por 33 metros de longitud y un espesor de 4 a 4,50 metros.

La robusta construcción ofrece la particularidad de contener superpuestas en el macizo, dos galerías ciegas que recorren todo el perímetro del Castro. La galería inferior, que se alza 1,80 metros del suelo, es de sección rectangular, mide 1,40 metros de altura por 2,20 metros de anchura, con un pasillo rebajado en el centro. La superior, a 1,50 metros sobre la citada, es de mejor construcción con cubierta abovedada y mide 1,50 metros de altura por 1,10 de anchura.

La ingeniosa disposición de esta galería nos hace pensar que se construyó para almacén de frutos y productos, especialmente la inferior, por un pasillo practicable rebajado en el piso, y la bancada lateral bien dispuesta para la ordenada colocación de provisiones.

Imaginamos el conjunto como un castillo rectangular, considerado como obra romana, aunque Schulten atribuye su construcción a la época celtibérica.

Otros vestigios constructivos

Narciso Sentenach, que realizó amplias excavaciones en el norte y este de la ciudad, cree que el foro estuvo adosado a la mitad norte del muro occidental del castro, y que en el mismo sector quedaba la basílica, a la que desde el departamento meridional, donde aparecieron algunos pedestales de estatuas, se ascendía por una escalera de once peldaños. Remontando la ladera, al norte del castro encontramos, a corta distancia, un tramo de construcción termal, correspondiente a una casa con atrio en la que se advierte una habitación central cuadrada, y dos laterales en hemiciclo, pavimentadas con sencillos mosaicos. Hacia el sureste, en la parte más baja de la ciudad, se destaca en pie una alta mole descarnada en su base, correspondiente al esquinazo de un gran edificio cubierto de cúpula, que a juzgar por los vestigios de cimentaciones y elementos decorativos descubiertos por Sentenach, debieron pertenecer a unas termas de carácter público.

Al oeste del castro, y a media ladera, también reconoció Taracena, evidentes testimonios de otras construcciones termales muy suntuosas.

Descubrimientos mobiliarios de época romana

En el transcurso del tiempo han sido numerosos los restos escultóricos hallados. En las termas, al noroeste de la ermita, aparecieron sencillos pavimentos con escaso dibujo lineal; formados por gruesas teselas de color negro y rojo sobre fondo blanco y otro excepcional, más rico, con emblema báquico; fragmentos de fustes y basas de columnas; trozos de capiteles corintios, el más completo de los cuales se encuentra empotrado en la pared de una vivienda de Carrascosa de Arriba; ante-fixas con carátulas, estucos con sencilla decoración jaspeada o vegetal, fragmentos de mármoles y yesones moldurados.

Los hallazgos escultóricos, si no abundantes, han sido lo suficientemente expresivos para reflejar el ambiente de la época y el grado de romanización de la ciudad.

Bronces

En el solár en que Sentenách suponía existió la basílica, apareció un pequeño busto considerado como retrato de Galba, y una cabeza de tamaño natural, que perteneció a una gran estatua ecuestre de buen arte, a juzgar por los escasos fragmentos del caballo y manto del jinete conservados en el Museo Arqueológico Nacional. Aunque su atribución ha sido muy discutida, García Bellido se inclina, en último término, a considerar este busto como retrato de Tiberio.

En el mismo templo, contiguo al castro, apareció un Apolo, de bronce, con los ojos en hueco, que mide 1,20 metros de altura. De otros lugares proceden una figurita calada, fíbulas, hebillas y la pequeña escultura de un guerrero, con casco empenachado, en apuesta actitud de desfile honorífico o de gran parada.

Notable también es el reciente hallazgo al sureste de Termes, en Peralejo de los Escuderos.

Se trata de una placa moldurada de bronce que mide 13,8 centímetros de alta por 14,7 centímetros de ancha, cuya inscripción irregular, con letras que oscilan entr 0,90 y 0,50 milímetros revela un tipo de escritura actuaria propia del siglo II de C.

Alvaro d'Ors, que ha realizado un magnífico estudio de este documento, estima que tiene el carácter de una tabla de *hospitium publicum*. En ella se especifica que los decuriones y la asamblea popular de Termes concedieron a los *Dercinoassenses* la pertenencia a la ciudad de Termes en iguales condiciones que los mismos termestinos.

Por su parte, los *Dercinoassenses* habían realizado a sus expensas una importante obra pública, por lo que en prueba de agradecimiento se les concedió la ciudadanía.

Cabe pensar que los habitantes de Dercinoasso procedieran de una excisión de la población termestina y que la concesión que se documenta en el bronce supusiera la recuperación de las gentes disgregadas el año 97 a. de C. cuando Didio apeó a Termes de la cumbre fortificada.

Mármol

Aparte de numerosos fragmentos de placas y molduras dispersas, se conserva una estatuilla de mármol blanco, de medio metro de longitud, que durante muchos años ocupó una vitrina en el banco del retablo de la ermita, a los pies de Nuestra Señora de Tiermes, considerándose por los devotos lugareños como el Niño Jesús dormido.

Realmente, se trata de un Heros durmiente, bellamente esculpido, con el atributo funerario de una calavera prolongada como almohada, sobre la que, con la mano derecha interpuesta, apoya la cabeza. El brazo izquierdo cruza graciosamente el pecho y en la mano ostenta un fruto, acaso la mandrágora, conocida de antiguo por su poder hipnótico, de donde puede colegirse la hermandad de Thanatos e Hipnos en la fórmula «morir igual a dormir». El cuerpo reposa, con las piernas cruzadas, sobre una losa plana de aristas redondeadas. Tiene, como es normal, los ojos cerrados, y la cabellera tratada en cortos bucles con toques de trépano en el remate ensortijado.

Otros hallazgos

La acrópolis, como dijimos, se ve coronada por los restos de un edificio dominante que tiene parte de su obra tallada en la roca, y parte construida en mampostería sobre cimentación rupestre anterior. En su planta irregular se advierte la yuxtaposición de dos naves terminadas desigualmente con torpe remate absidal, dos pilas labradas en la roca y escalinatas que ascienden como a un presbiterio, todo lo cual da al edificio un aspecto de templo. Esta interpretación queda robustecida por Schulten, quien encontró en este mismo sitio un trozo de inscripción romana del siglo II al III de J. C., e influido por la fecha de la festividad de Nuestra Señora de Tiermes, coincidente con la fiesta pagana de Mercurio, pretendió leer en ella el nombre de este dios, que pudo ser el tutelar de la Ciudad.

Aras votivas y lápidas funerarias han sido utilizadas ocultando sus leyendas en muros y fachadas de la ermita, y algunas transportadas hasta pueblos próximos para encuadrar los vanos de puertas y ventanas.

Excepcional entre todas, es la que hemos reconocido en Carrascosa de Arriba empotrada en la pared de una vivienda, la cual corresponde a una lápida dedicada a Lucio Pompeyo, de la tribu Galeria, partida en dos piezas: la una sirviendo de dintel con la leyenda recuadrada y fina cenefa vegetal ondulada; la otra, en la misma fachada, nos muestra el costado de esta pieza magníficamente decorada por tres vástagos, uno central como eje de simetría y dos serpenteantes a sus costados, arrancando de un conjunto foliáceo cuyos vanos se rellenan con la plenitud de seis grandes flores, de tres tipos, iguales dos a dos, bellamente esculpidas en bajorrelieve.

Durante las obras de la carretera de acceso apareció entre las ruinas otra ara de 1,15 metros de altura, con gran inscripción honorífica, incompleta por rotura, dedicada a POMPEIVS.

Rica es también la serie monetaria de oro y plata de época imperial, así como los anillos nobles con anagramas y entalles.

Uno de los hallazgos más sensacionales tuvo lugar el año 1885. Un labrador descubrió en una finca situada al nordeste de la ermita dos tazas enmangadas o cazos (*trullae*) finamente decoradas. Fueron vendidas a un anticuario de Segovia y pasaron después por varios coleccionistas, hasta que el gran hispanista norteamericano Huntington, precursor de la *Hispania Society* de New York, que aspiraba a reunir en su museo todas las piezas notables en venta, de procedencia española, tuvo la oportunidad de adquirir los cazos de Tiermes en París, para incorporarlos a la gran colección de dicha sociedad americana, donde se custodian.

Las dos piezas son de forma troncocónica irregular, una algo más reducida que la otra. De borde reforzado arrancan los mangos idénticos, cuya superficie presenta una ornamentación de gran belleza. Los temas son iguales en ambos, aunque con distinta orientación. Del arranque al extremo se suceden máscaras báquicas de sátiro con escudo; un caprino reposando bajo un árbol; otro mascarón con remontado tupé y atributos; cajón con frutos e insignia ornada con ínfulas, y en el remate trilobulado otra máscara báquica con gran melena, sobre cistan cruzada por ramito paripinado, y detrás el escudo. Los lóbulos laterales se forman por dos cabezas de palmípedas con los picos ceñidos para ensanchar el remate.

En el reverso de los mangos se aprecian inscripciones marcadas con finos puntos. En una se lee: GN CARVICI, aludiendo a su propietario, GRAENUS CARVICIUS.

En 1891 aparecieron otros dos ejemplares más sencillos, también de plata, con inscripciones de puntos. Fueron adquiridas por Cánovas del Castillo y pasaron después a colecciones particulares, ignorándose actualmente su paradero.

Las excavaciones han sido fecundas en hallazgos característicos de las culturas celtibérica y romana, en monedas de cobre y bronce, aparte de las citadas; cerámicas indígenas decoradas, *terra sigillata* romana e hispánica; ejemplares clunienses pintados; objetos de bronce, hierro y marfil; útiles de tocador y cirugía; productos de la más depurada industria del vidrio, entre los que destaca una preciosa diatreta, especie de gran vaso cuya superficie lisa se decora con una red de anillos vítreos soldados entre sí. Fíbulas, agujas y pasadores, pendientes, lu-

cernas de barro, antefixas, varios tipos de tégulas con marcas de taller, ladrillos de dimensiones vitrubianas, cuyo conjunto encaja en el marco de cuatro siglos de cultura hispano-romana, ofreciéndonos claros testimonios de la pujanza y refinamiento alcanzados por las artes industriales de la época.

Los restos visigodos

Ignoramos lo que de la vieja ciudad celtíbero-romana pudo quedar en pie después de las invasiones bárbaras. No obstante, hay testimonios arqueológicos que acusan una reacción favorable para asegurar la continuidad de la vida rural, un tanto influida por los nuevos modos en sus diversas manifestaciones. Como ejemplo, ahí quedan escultrados algunos trozos de ábacos e impostas aprovechados como sillares en el contrafuerte del presbiterio de la iglesia románica, y algunos más intestados entre la mampostería de la casa del santero y dependencias adosadas por el Norte y Oeste, a la obra del templo. Restos escasos, pero suficientemente claros para clasificarlos, por su labra a bisel y característicos temas ornamentales, como típicamente visigodos. Otros objetos de esta época hallados en las excavaciones han sido osculatorios, fíbulas, broches de cinturón con placas que ostentan rica decoración zoomorfa, conteras y guarniciones de puñales, algunas de oro ricamente labradas, lucernas y fragmentos cerámicos.

Sepulturas rupestres

A unos doscientos metros al este del extremo oriental de la ciudad se encuentra un rellano con numerosas sepulturas antropoides rupestres distribuidas irregularmente, orientadas con la cabeza a poniente. Tal como las encontramos en la actualidad, vaciadas y sin cubierta, no es fácil asignarles una fecha precisa, ya que perdura esta forma de inhumación hasta bien entrada la Edad Media.

Las comunicaciones

Tiermes ha permanecido en los tiempos modernos alejada de toda comunicación fácil y abandonada en su aislamiento.

Cuesta esfuerzo ganarla desde cualquier punto de sus contornos, ya que sólo caminos de herradura nos conducen hasta ella por alomados cotarros y suaves hondonadas. El tránsito rodado desapareció hace siglos.

De aquellos cuidados caminos que recorrieron las legiones romanas durante el Imperio, sólo quedan los surcos de rodadas de carros sobre plataformas de consistentes areniscas, que afloran a trechos en nuestra ruta habitual desde Montejo.

En el itinerario de Antonino, Tiermes queda apartada de la red de comunicaciones de primer orden. La vía más importante trazada a través de la Meseta fue la de Astúrica a Cesaraugusta, magistralmente estudiada por Saavedra. A su paso por Uxama se advierte el punto de arranque de este ramal hasta Tiermes. Tampoco se han encontrado miliarios u otros restos epigráficos que aludieran a esta vía. Sin embargo, los estudios de Menéndez Pidal y de Taracena, entre otros, corroboraron la hipótesis de Hubner, señalando Tiermes como punto de convergencia de dos vías: la de Segontia a Uxama y la de Tiermes a Sepúlveda y Segovia. La primera, desde Uxama, debía cruzar el Duero entre Ines y Olmillos para bajar faldeando el monte de Hoz de Arriba, donde se conserva a trozos su dirección Norte-Sur hasta el puerto de San Ginés, y reaparecer en Ventamalo para llegar a la ciudad. Desde aquí es posible reconstruir su continuación hacia Sigüenza, paralela a la cumbre de la sierra de Pela, por Cañicera; avanza entre Rebollosa y Tarancueña hacia Retortillo, escalando después la divisoria en el portachuelo de Torreplazo, desde cuyo punto descendería hasta Romanillos de Atienza, prolongándose después hasta Sigüenza. ..

El trayecto Uxama a Torreplazo, bastante preciso, tanto por la topografía de su recorrido como por sus expresivos vestigios, aparece citado en el Poema del Cid con el nombre de «Calzada de Quinea», ruta que con pocas variantes siguió el caudillo castellano camino del destierro.

Así reza el poema:

*«Otro día mañana —piensa de cavalgar
Ixiendos va de tierra — el Campeador leal,
de siniestro Sant Estevan, — una buena çibdad,
passó por Alcobiella— que de Castiella fin es ya;
la calçada de Quinea — ívala traspasar,
sobre Navas de Palos— el Duero va passar,
a la Figueruela — mio Cid iva posar...»*

Aunque las fuentes clásicas no dan, por su concisión, noticia alguna relacionada con esta vía, es de suponer que Q. Pompeyo, el año 141, cuando desde Numancia se dirigió a Tiermes, ante cuyos muros fue derrotado, siguiera en su retirada el camino primitivo al que después se adaptaría en gran parte la calzada romana.

La segunda vía se dirige desde Tiermes, en dirección sudoeste hacia Duratón y Segovia para unirse con la veinticuatro del Itinerario. De su primer tramo se puede reconocer una larga trinchera abierta en un fuerte conglomerado de areniscas, para ganar el frondoso valle del río Pedro.

Esta importante vía de relación entre las comarcas meseteñas puede explicar, según Taracena, las relaciones familiares de Teodosio el Grande, natural de Coca, casado con Thermantia, nombre que llevó también la desgraciada mujer de Honorio, hija del vándalo Stilicón.

Ambos caminos daban a la ciudad singular importancia estratégica, ya que uniendo las dos grandes vías —Emérita-Cesaraugusta y Cesaraugusta-Astúrica— por el único paso practicable en un largo trayecto de la divisoria de Duero y Tajo, ampliaba los horizontes y la vida comercial con una intensidad hasta entonces desconocida.

Andando el tiempo las invasiones bárbaras pudieron aprovecharse de las «sendas galianas» y las «calzadas de Quinea»; la irrupción musulmana corrió a lo largo de estas rutas y los contingentes de la Reconquista ganaron sus posiciones ventajosas allende el Duero, salvando estos trayectos en un constante devenir.

La ermita

La instauración secular de las cofradías y concordias, testimonian la acendrada fe religiosa de los habitantes de la comarca termestina, que, al mantener el culto a la Virgen Madre ha hecho posible la conservación de su notable iglesia hasta nuestros días. Alterada y rehecha su planta primitiva, conserva de cada época su peculiar estilo, destacando su obra románica, que sorprende y encanta en su tremenda y evocadora soledad, cuando aparece al paso del visitante.

Los orígenes de este cenobio se pierden en la noche de los tiempos. Puede colegirse, no obstante, al recorrer la historia, lo que la piedad popular hizo por elevar y mantener sus recuerdos tradicionales, tan vivamente ligados a su pasado, tan fielmente conservados como regazo de paz espiritual en su conciencia de pueblos cristianos.

No encontramos referencias a Tiermes durante la invasión agarena, ni durante la Reconquista, pero estas rutas debieron ser forzosamente holladas en cuantas ocasiones la línea del Duero se convirtió en teatro de operaciones bélicas. A nuestro propósito, nos interesa fijar el momento en que la región quedó libre de la morisma, inmediatamente después de la campaña de Fernando I por estas comarcas, en la que logró definitivamente para Castilla la plaza fuerte de San Esteban de Gormaz, entonces en manos del rey de Zaragoza Al Muktádir. La inmediata y terrible razzia que el rey castellano había de desencadenar el año 1060 por la zona septentrional del reino moro de Toledo, exigía dejar liberadas a sus espaldas estas tierras del Duero, guarnecidos sus castillos y asegurado el paso de los portachuelos, que se perfilan al sur de Tiermes en la sierra divisoria.

Alejado el ruido de las armas y al amparo de la arruinada fortaleza termestina, debió nacer en tiempos de Alfonso VI un pequeño monasterio del que, según dijimos, tenemos noticias en el año 1136. En los primeros años del siglo XIII se cita como parroquia en los documentos aludidos, y así debió continuar largo tiempo hasta que la población medieval, nacida en torno a la iglesia, fue absorbida por las aldeas próximas, quedando la iglesia reducida a la condición de ermita con su perdurable dedicación a la Virgen.

Nada queda en pie del antiguo Monasterio del que nos hablan los diplomas cardenalicios y los documentos reales; pero una arraigada devoción popular ha logrado mantener la iglesia en buen estado, pese a los torpes aditamentos y a las reformas de que, en el transcurso de los siglos, ha sido objeto.

Lo que puede admirar el visitante es la obra arquitectónica del templo. En su espadaña, sin frontón, se abren dos huecos para campanas y un óculo abocinado a la altura del coro. Su ábside semicircular con ventana central lisa, se desarrolla sin contrafuertes, afianzando en la pesada sillería de su obra, rematada con la interesante serie de canecillos en que descansa el alero del tejado.

Tal sencillez constructiva contrasta con la espléndida galería porticada que recorre el frontis de mediodía, con cinco vanos al frente, el central de ingreso, e igualmente practicable el abierto a saliente, según fórmula generalizada en el románico comarcal.

La puerta principal de entrada a la iglesia se abre en el muro meridional, cobijada por el pórtico, y se decora con tres arquivoltas de medio punto, molduradas de baquetones y bezantes grumosos. Entre las jambas acodilladas se insertan columnas únicas, de fuste monolítico, cuyas basas se encuentran soterradas, a más bajo nivel que el piso actual. Ambos capiteles son de ruda talla, aunque suficientemente expresivos. El de la derecha contiene una figura humana ataviada con turbante y caftán, entre dos cuadrumanos en actitud de ataque, a los que parece dominar con ambas manos. En el de la izquierda aparecen entre ramos de palma las figuras de Adán y Eva; el árbol con la manzana simbólica y la serpiente en el centro de la escena, aluden al pecado original.

Ambos capiteles llevan un ábaco-imposta decorado con arquillos de doblé vástago, yuxtapuestos y atados, cuyos extremos se recogen en roleos tangentes, de los que arranca una estilización de pétalos apuntados rellenando el centro.

Tanto los temas visibles de los canecillos esculpidos del ábside, ricos en entrelazados, cabezas grotescas, fraile lector, ave y excelsa figura de un músico tañendo un rabel, como la escena del capitel de la derecha con el personaje vestido igual que el músico, al modo mozárabe, y la decoración del ábaco-imposta de la puerta de ingreso, nos llevan a buscar su precedente inmediato en las iglesias de San Miguel y El Rivero de San Esteban

de Gormaz, que si por el Norte trascienden con sus motivos escultóricos a la iglesia de Bocigas de Perales, por el Sur llegan a Tiermes, siguiendo un camino de lógica expansión.

En gran parte de la obra de la cantería de la iglesia, se advierten sillares aprovechados de edificios romanos e hispano-visigodos; impresión que vemos confirmada también, al detenernos ante la reconstruida galería porticada.

La notable variedad de los elementos escultóricos que ostenta, merece especial reseña.

Recorriéndola de Oeste a Este, encontrará el visitante capiteles con resuelta decoración vegetal formada por dos series de hojas carnosas de contornos lobulados recogidos en recio vástago, y ápices vueltos en roleo. Centauro armado de arco tenso, disparando la flecha hacia un ave posada en la copa de un árbol, y en ambos costados sirenas de traza idéntica. Enorme melenudo león, limitado por ramitos y pacíficos centauros con la cabeza vuelta. Reticulado de doble cuerda, de esmeradísimo trazado con ayuda de trépano, en forma de cesto, adaptado al volumen del capitel. Lucha de caballeros atacándose con lanzas; la cuidada diferenciación de las armaduras, jaeces y escuderos de ambos bandos, parece representar el duelo entre un árabe y un cristiano, en el que éste lleva la peor parte. Seguidamente, varias figuras melenudas graciosamente apareadas, todos en pie, con curiosa indumentaria e idéntica actitud, cuya interpretación resulta dudosa por lo corroído de algunos detalles. Fantasía de vástagos serpenteantes y enlazados, que rematan en cogollas recrecidas por labor de trépano. Serie de personajes de largas vestimentas, cada uno de los cuales muestra una cartela pendiente, con inscripción perdida, sujeta con una mano, mientras la otra aparece levantada. Fragmento de escena de la Resurrección de la que nos quedan, al interior, las Tres Marías y, en las otras caras, seis soldados con yelmo ovoideo, cota y espada al hombro que sustituyen por lanzas los dos del frente, todos recostados en línea cautelosamente, y somnolientos según el texto evangélico. De nuevo, decoración vegetal con gruesas hojas lobuladas y volutas superpuestas encajando los limbos.

Ya en la puerta de saliente, un expresivo lance de caza mayor, donde un jabalí se ve acosado por los perros, mientras el ojeador hace sonar el olifante y los cazadores se acercan dispuestos a rematar la pieza a lanzadas. Por último, como un reflejo más del arte silense, grifos simétricamente afrontados con la cabeza

vuelta, aprisionados entre ramas terminadas en gruesas bifolias, así como las dos preciosas aves que campean en los costados picando sendos racimos pendientes de lo alto en las aristas del capitel.

El conjunto nos muestra una excelente síntesis de las diversas influencias que nutrieron el acervo artístico de uno de los mejores equipos de escultores románicos, que aquí, como en otras iglesias de la región, nos dejaron, admirables muestras de su ingenio.

Como el examen de algunos capiteles mutilados ofrecerá justificada extrañeza, es de advertir que estos notables elementos escultóricos y constructivos, de varia inspiración y buen arte, son materiales aprovechados de una galería o reducido claustro, que perteneció al antiguo monasterio, afortunadamente utilizados en la reconstrucción de la galería existente con estructura más robusta, mediante pilastrones entre los vanos, que permiten mayor desarrollo en los arcos, alivian la descarga y compensan la ligereza de los fustes, antes de exenta esbeltez y ahora más consistentes, pegados a los muros.

El alero de la galería, sus canes, las impostas y arquivoltas constan de elementos extremadamente sencillos. En cambio, el interior de la galería presenta temas de excepcional interés. A la altura de los cimacios de los capiteles, se abre una hornacina apuntada, con molduras, que cobijan tres esculturas en alto-relieve, lamentablemente decapitadas, vestidas con manto sobre la túnica, y amorosamente esculpidas, pese a la rigidez de su gran talla. Aparte de su valor artístico ganan importancia la de los extremos que ostentan sendas cartelas inscritas que se completan con la que existe en la hornacina, a la altura que correspondería a la cabeza de la figura central. En su traducción seguimos a Gaya Nuño, que ha estudiado cumplidamente este conjunto. En la inscripción de la figura del centro se lee: D(OME) NIC (VS) MARTIN ME FECI (T). La que lleva desarrollada y pendiente de la diestra la figura de la izquierda (ERA MCCXX), y la que muestra entre ambas manos la figura de la derecha, deja leer: DATE ET DABU (NT) VR (VO) BIS, inscripciones todas en letra románica de transición, aunque no muy avanzada, pues carecen en absoluto de siglas y de puntuación entre las palabras. Aparte de este «dad y os serán dados», bíblico, las otras dos siguientes nos informan de la fecha 1182 de J. C. y del nombre del arquitecto Domenicus Martín,

castellano al parecer, y obstinado en dejar constancia de su arte. Mas, ahora cabe discernir cuál fue su obra. De la epigrafía de la hornacina podemos deducir que Domenicus Martín hizo en la fecha citada la galería cubierta en línea más alta que la primitiva, y como no hay duda de que el antiguo Monasterio citado en los años 1136-1138, al que pertenece la fábrica de la nave, debió tener galería o un pequeño claustro procesional, comunicado con la iglesia mediante sencillas puertas y un gran vano de medio punto, moldurado, todos los cuales se encuentran cegados aunque conservan claramente su estructura, a este claustro deben pertenecer los materiales reutilizados por Domingo Martín en el nuevo pórtico, como denuncian el reajuste de los capiteles y las arquivoltas, ya que los sencillos trasdoses de los arcos están compuestos por dovelas que acusan pertenecer en su origen a otros de menor radio.

De esta reconstrucción debieron sobrar materiales escultrados, puesto que, por ejemplo, en la parroquial de Manzanares, distante cuatro kilómetros y medio, se encuentra un espléndido capitel y parte del cuádruple fuste monolítico, retorcido al modo frecuente en la región, utilizados como apoyo de la pila benditera, y que esperamos pueda reintegrarse a Termes, de cuya ermita, indudablemente, proceden.

De lo que en su origen fue este claustro, de sus proporciones y temática contamos con un duplicado en la galería coetánea de la iglesia de San Pedro, de Caracena, que se conserva sin alteraciones esenciales.

El interior del templo adquiere la máxima amplitud establecida, según los cánones, para las iglesias rurales de sencilla planta. Consta de una nave cubierta de madera, presbiterio con bóveda de medio cañón y ábside de cuarto de esfera. La moderna cubierta de madera, atirantada, con faldones, sustituyó al primitivo artesonado mudéjar, del que hay noticia, rico en labor de lacería y alfarjes. Revestido en todo su desarrollo el arco de triunfo con sencillos pilastrones herrerianos de yeso, no permiten apreciar la decoración de la obra románica, que podría ayudarnos a concretar más atribuciones de época, relacionadas con las dos fechas clave con que contamos, referidas a la totalidad de la obra.

En su puesto de honor, un desbordante altar barroco, obra del «maestro de arquitectura» Francisco Gonzalo, realizada el año 1725, por la suma de 4.710 reales, entroniza la imagen de

Nuestra Señora de Tiermes con el Niño, cuya talla se oculta bajo primorosos mantos.

En dos ocasiones cada año se congregan tradicionalmente los fieles devotos de los pueblos comarcanos: el 12 de octubre como fecha fija, y el domingo anterior a la Ascensión, en el mes de mayo, celebran fiesta solemne para impetrar de la Virgen remedio para sus males, o elevar sus preces en acción de gracias. Los favores celestiales concedidos, quedan materializados en los exvotos y expresivas ofrendas que penden de las paredes del presbiterio, como testimonio de acendrada fe religiosa, mantenida secularmente por los habitantes de la comarca.

Añoranza y promesa

En nuestra primera visita a la comarca de Tiermes, la ciudad contaba todavía con el viejo santero de la ermita, a la vez guarda oficial de las ruinas.

Más tarde, anciano y casi ciego, aún le vimos discurrir con su cayado por la plataforma del cerro, como guía entre venerable y pintoresco. Después, la casa vacía y en ruinas, hoy, por fortuna, reconstruida a expensas de los cinco pueblos de la Concordia sin que la piedad popular, ni la menguada ayuda oficial, fueran suficientes para seguir atendiendo la custodia permanente del lugar, ininterrumpida durante siglos. Fue entonces cuando las históricas ruinas y su bella ermita, quedaban solas en su altura yerma y pedregosa, cada día más olvidadas, a merced de los elementos...

Pero Tiermes ha quedado liberada de su mortal aislamiento. Feliz coyuntura la de que una personalidad entrañablemente vinculada a esta tierra, haya puesto en juego su cultura y fina sensibilidad, para, desde un puesto rector de la vida provincial y cara a su pasado histórico, poder vindicar la heroica ciudad, que alguien denominó «la Pompeya Española».

A esta figura prócer debemos el que una carretera recién construida desde Montejo, pasando por Torresuso, y otra tangencial desde Retortillo, a través de Tarancueña y de los términos de Cañicera, Valderromán y Carrascosa de Arriba, integren el concierto de vida de relación entre los pueblos de la comarca; enlazando, a su vez, con una serie de rutas de ambiciones turísticas interprovinciales, que conducirán fácilmente al viajero hasta Tiermes. Curiosos y eruditos, cofrades y romeros, podrán confluír aquí en peregrinaje para recordar las glorias pasadas, mantener amorosamente sus piadosas tradiciones, conocer los vestigios de remotas culturas y admirar cuanto de la vieja fortaleza queda todavía en pie.

Para el futuro de la investigación arqueológica, cobran actualidad las doctas palabras de Blas Taracena, con las que, como homenaje a su memoria, ponemos fin a estas páginas: «El interés arqueológico de Tiermes, pese a ser la segunda ciudad de la Celtiberia ulterior, sobrepasa lo histórico; es el caso más elocuente de la arquitectura rupestre y merece excavación inten-

sa, que seguramente descubriría en este gigantesco fósil arquitectónico interesantes noticias del sistema de construcciones rupestres y el modo de vida de nuestros antepasados de la segunda Edad de Hierro.»

Es, pues, llegado el momento de aunar nuestros esfuerzos por una Tiermes rediviva.

BIBLIOGRAFIA SELECTIVA

REFERENCIAS CLASICAS

Polibio (Lib. XXXV); Plinio (*Nat. Hist.* III, 27); Ptolomeo (II, 6, 55); Floro (III, 10, 9); Salustio (*Hist.* II, 95); Livio (*Epit.* LIV); Tácito (*Ann.*, IV. 45. 1-2); Apiano (*Iber.* 76-77-99); Diodoro Sículo (XXXIII, 16-17); *El Ravenate* (p. 311,6).

ESTUDIOS MODERNOS

- Rabal, N.: *Una visita a las ruinas de Termancia*. BRAH, tomo XII, cuaderno V. Madrid, 1888.
- Sentenach, N.: *Las ruinas de Termes*. «Rev. de A B y M». Madrid, 1911.
- Schulten, A.: «*Termantia, eine Stadt der Keltiberen*», *Neue Jahrbucher für Klas. Alt.* parte primera, tomo XXVI (1911) y su traducción en BRAH, tomo LXIII (1913).
- Taracena, B.: *Arquitectura hispánica rupestre*, Inv. y Prog., Julio-Agosto 1934.
- Obermaier, H.: *Una excursión a la fortaleza celtibérica de Termancia (Soria)*. BRAH, tomo CV, 1934.
- Taracena, B.: *Carta arqueológica de España. Soria*. C. S. de I. C., 1941.
- D'Ors, A.: *Un nuevo dato para la historia de la llamada Termancia*. (Estudios dedicados a Menéndez Pidal.) C. S. de I. C., 1951.
- Taracena, B.: *Los pueblos celtibéricos*. Capítulo V de la Historia de España, dirigida por Menéndez Pidal. Espasa-Calpe, 1954.
- Gaya Nuño, J. A.: *El románico de la provincia de Soria*. C. S. de I. C., 1951.
- Ortegó, T.: *Tiermes, ciudad rupestre celtibero-romana*. Revista «Celtiberia», núm. 28, 1964.

Láminas

1 Macizo rocoso del ángulo sudeste
con habitaciones profundas para cuerpo
de guardia en la llamada
«puerta del Sol».



2 Graderías irregularmente labradas en la parte baja,
al sudeste del acantilado, en forma de cávea de un teatro.



3 Vivienda y rampas escalonadas en el tramo sudeste de la fortaleza de Tiermes.



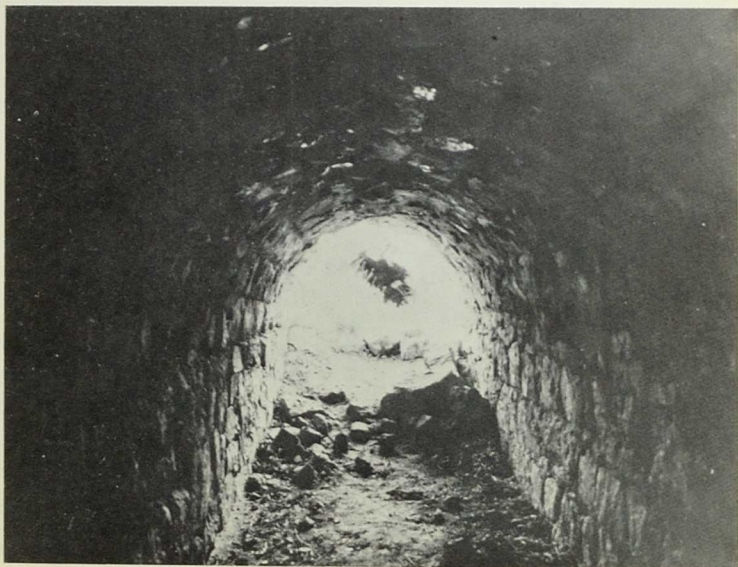
4 Otro aspecto de las viviendas rupestres.



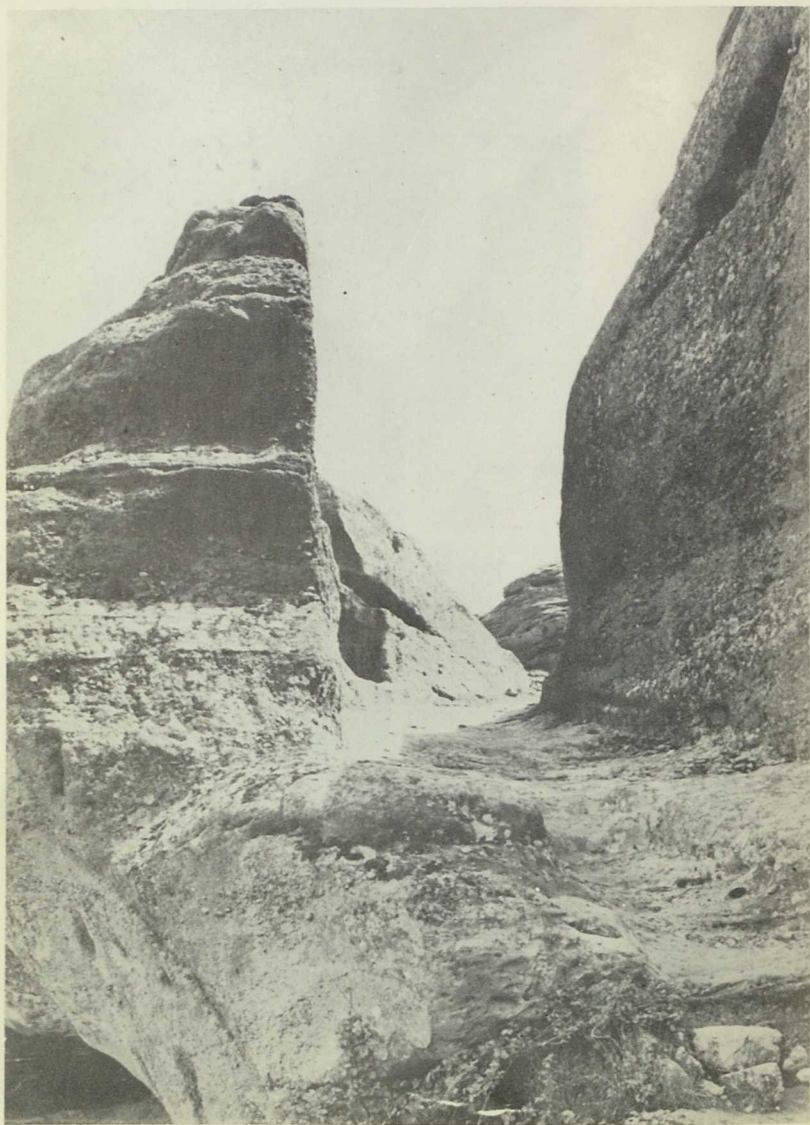
5
Vista
de la galería
artificial
desde la boca
del túnel
celtibérico.



6 Galería alta abovedada
que recorre los cuatro lados
de la muralla
del castro romano.



7 Gran puerta
de la acrópolis
celtibérica
vista desde
el exterior.



Vestigios 8
de las viviendas
adosadas
al frente rocoso
de la plataforma media.



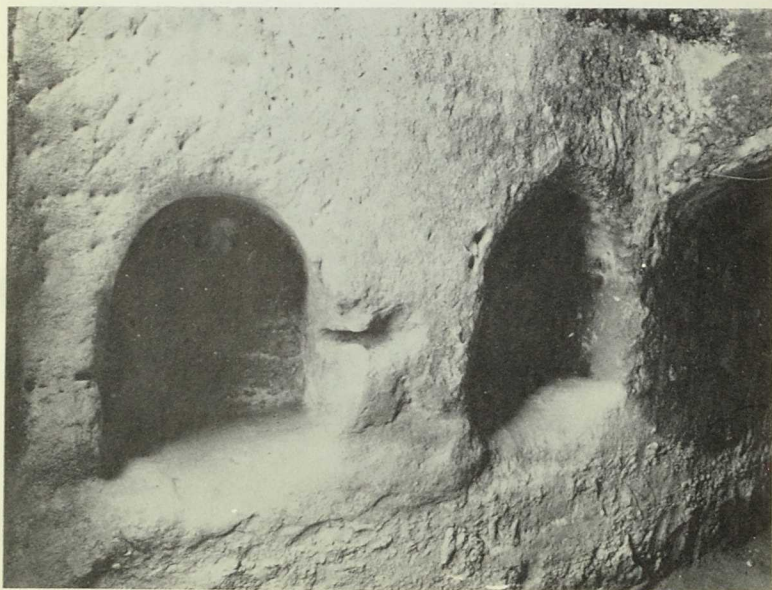
Restos de cimentaciones 9
y muros
de las más nobles
construcciones romanas.



10 Vivienda rupestre cuya planta baja se utilizó como tienda.



11 Nichos-alacena excavados en las paredes rocosas de la misma vivienda.

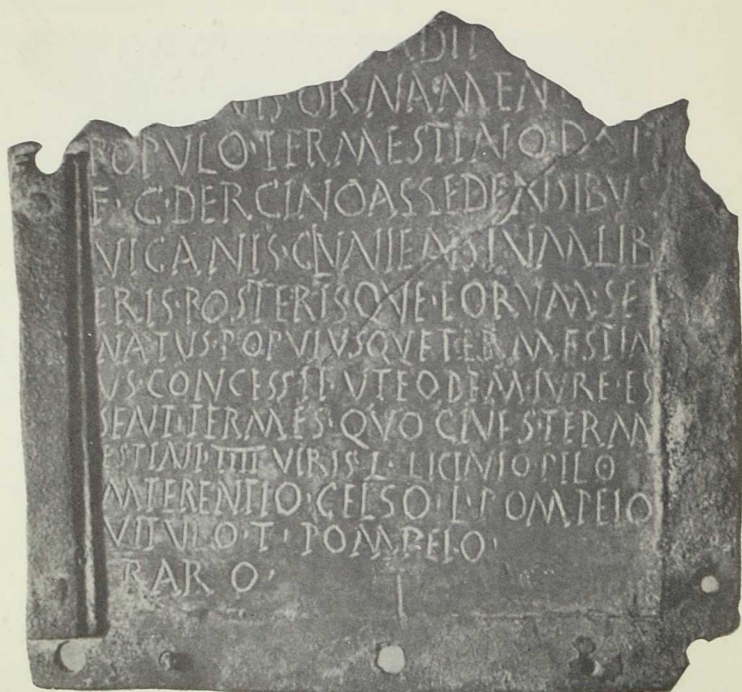


Conjunto de viviendas excavadas
en la roca con dos pisos y amplios ventanales.



Frente sur del macizo de la fortaleza
con vestigios de las viviendas adosadas en toda su longitud.



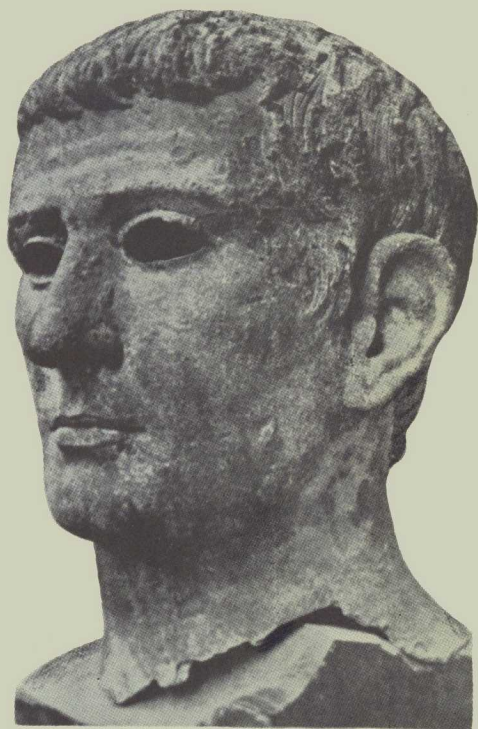


. ADIT
 VIS . ORNAMENT
 POPVLO . TERMESTINO . D . S . P
 F . C . DERCIRNOASSENDENSIBVS
 VICANIS . CLUNIENSIVM LIB
 ERIS . POSTERISQVE . EORVM . SE
 NATVS . POPVLVSQUE . TERMESTIN
 VS . CONCESSIT . VT EODEM . IVRE . ES
 SENT . TERMES . QVO CIVES . TERM
 ESTINI . IIII VIRIS . L . LICINIO . PILO .
 M . TERENTIO . CELSO . L . POMPEIO
 VITVLO . T . POMPEIO ,
 RARO .

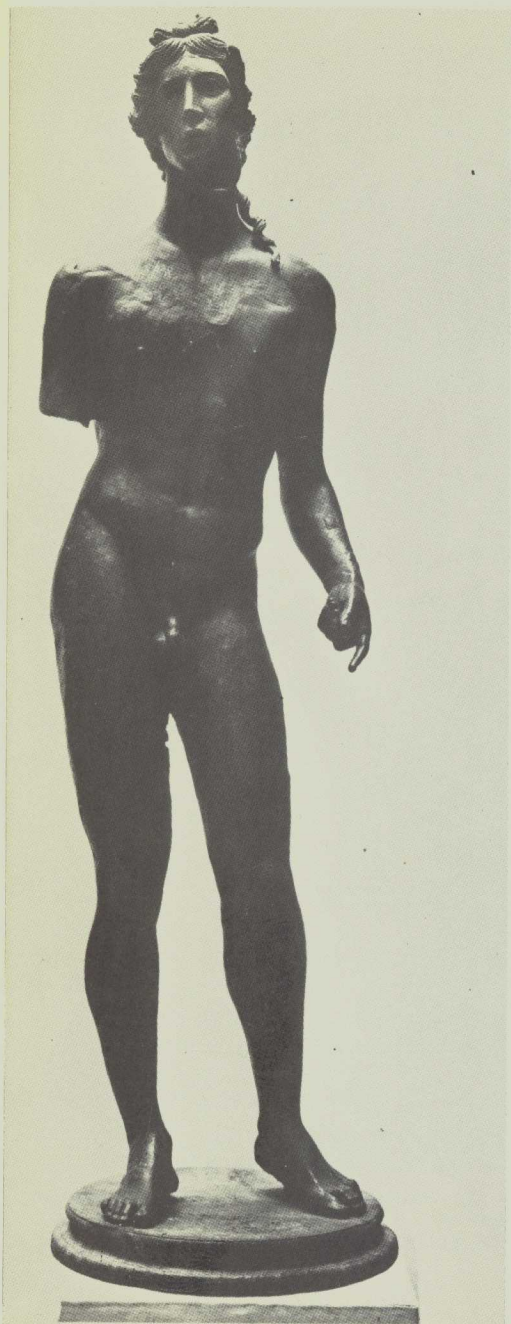
14 Inscripción en placa de bronce, procedente de Tiermes y recuperada en Peralejo de los Escuderos (Museo Arq. Nacional).

15
Esquinazo de un alto edificio
con cubierta de cúpula,
perteneciente a unas termas monumentales.





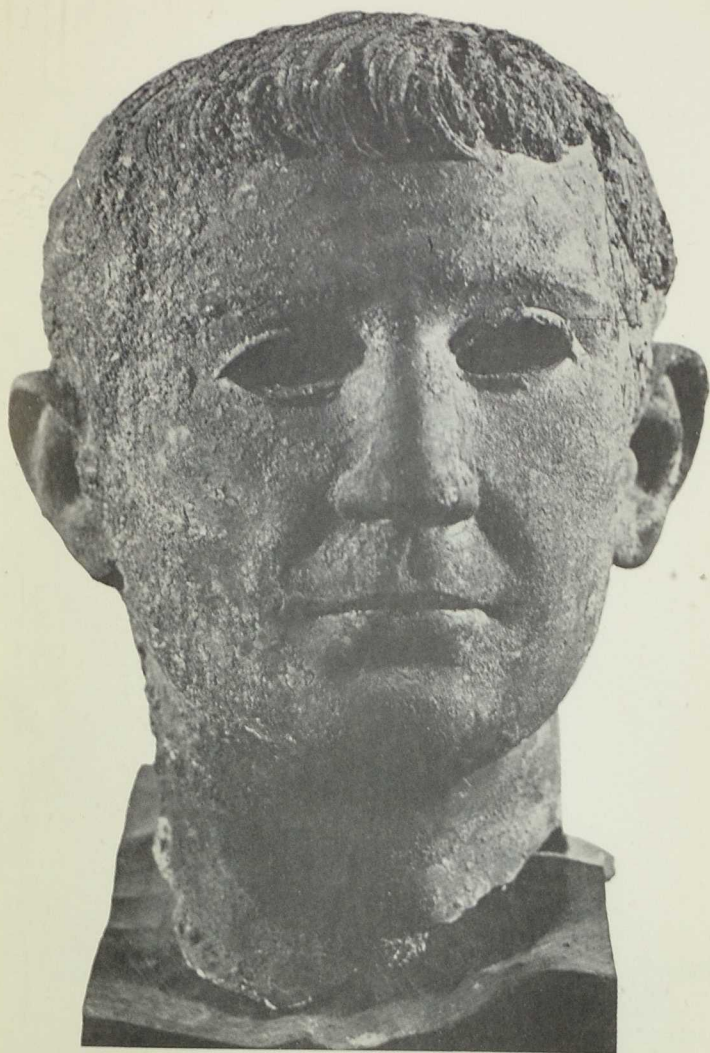
16 Otro aspecto de la cabeza de Tiberio,
con ojos vacíos que llevarían
pasta vítrea en el globo. (M. A. N.)



17 Apolo
de tradición helenística,
del estilo de Lisipo.
Bronce. Altura 1,20 metros.
(Museo Arqueológico
Nacional.)



18 Soldado romano en actitud de desfile honorífico. Bronce.
(Museo Arqueológico Nacional.)



19 Cabeza varonil en bronce, supuesta de Tiberio, que perteneció a una escultura ecuestre de tamaño natural.
(Museo Arqueológico Nacional.)

20
Pequeño busto
de bronce,
considerado
como retrato
de Galva.
(Museo
Arqueológico
Nacional.)





21
Bella ornamentación
en uno
de los costados
de la lápida
funeraria
conservada
en Carrascosa.

22
Capitel corintio
sobre pilastra
estriada,
que se encuentra
en la fachada
de una casa
de Carrascosa
de Arriba.

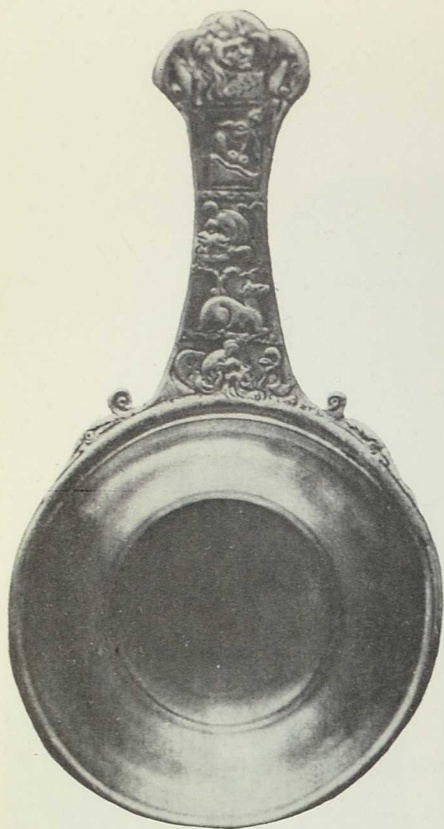


23 Escultura en mármol blanco representando
a Eros funerario durmiente.
Longitud: 0,50 metros.
(Manzanares.)

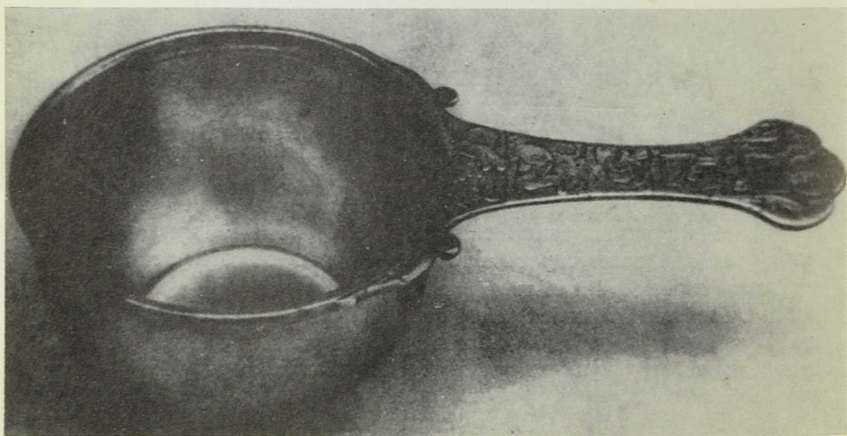


24 y 25 Dos tipos de estelas funerarias medievales.





26 y 27 Dos aspectos de uno de los cazos de plata hallados al nordeste de la ermita.
Longitud total: 22,2 cm.

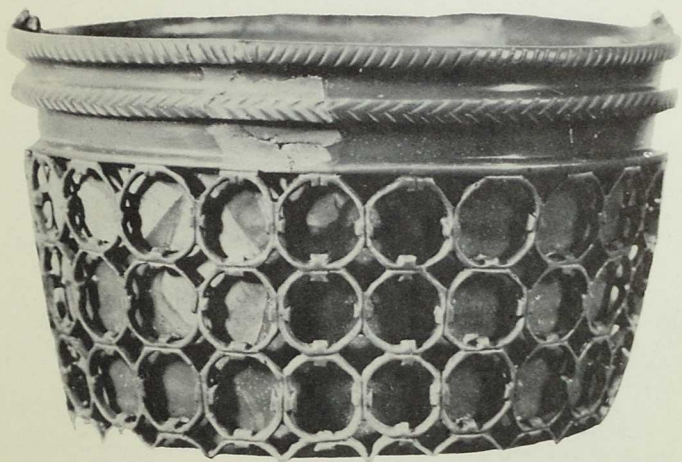


Vaso romano de vidrio (diatreta)
rodeado de una finísima labor de enrejado
por anillos tangentes, de vidrio gris verdoso,
soldados entre sí. Siglo IV.

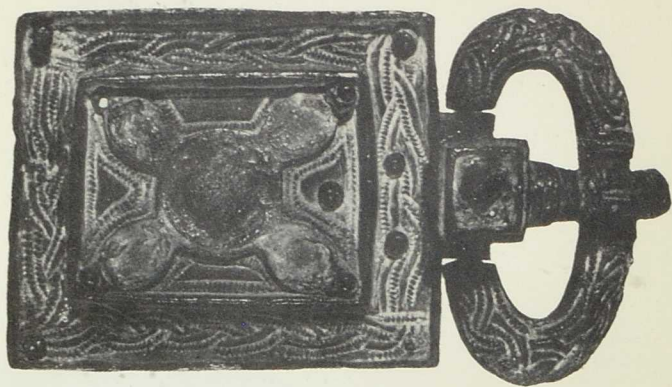
Mide 18 por 20 centímetros.

Procede de Tiermes.

Restaurado recientemente, se conserva
en el Museo Arqueológico Nacional.



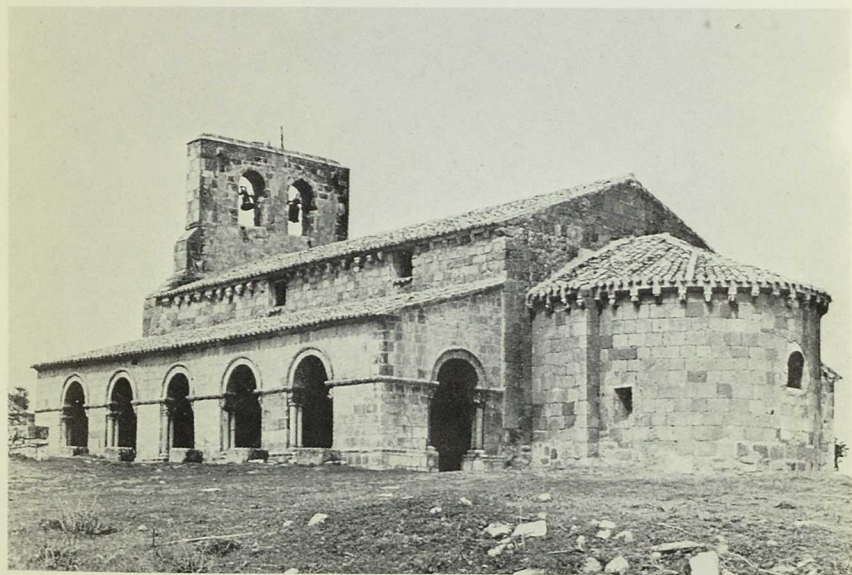
29 Broche de cinturón de bronce (visigodo).



30 Uno de los fragmentos de imposta decorativa visigoda, similar al empotrado en la casa del Santero.



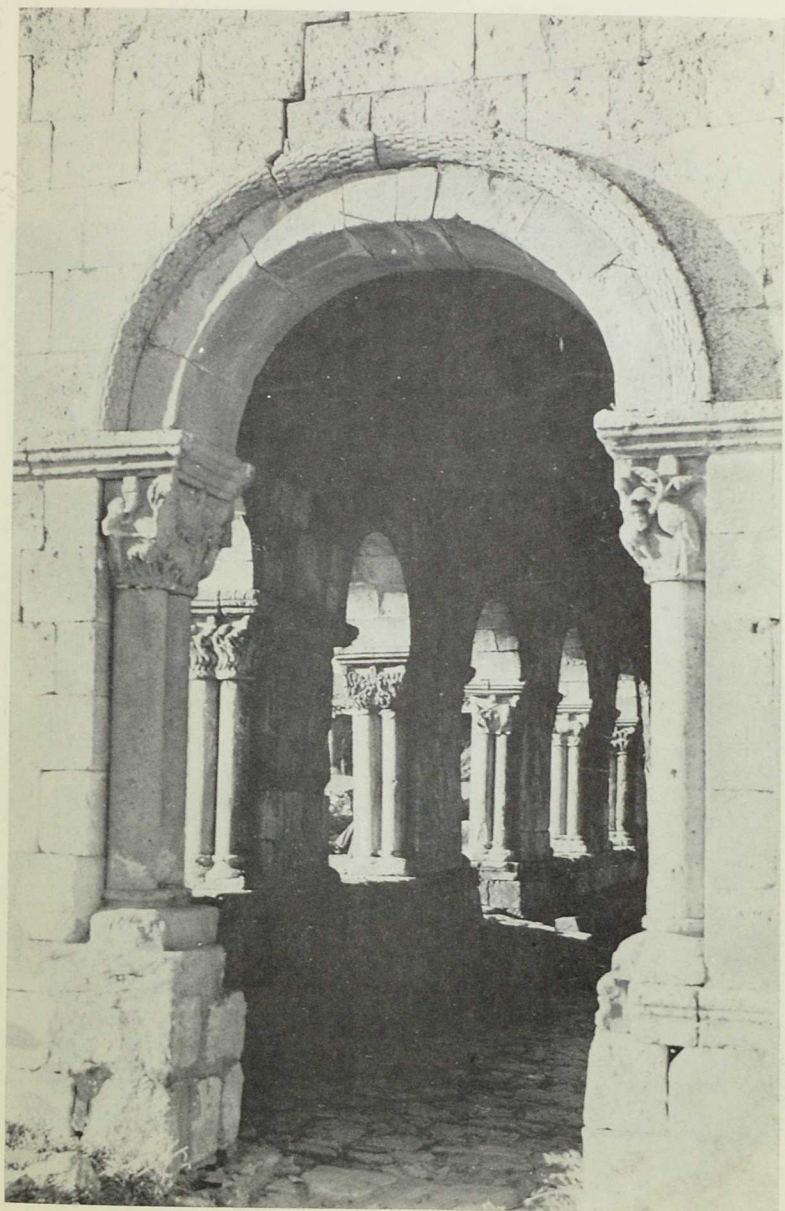
31 La ermita románica de Santa María de Tiermes, vista desde el S-E en su conjunto.



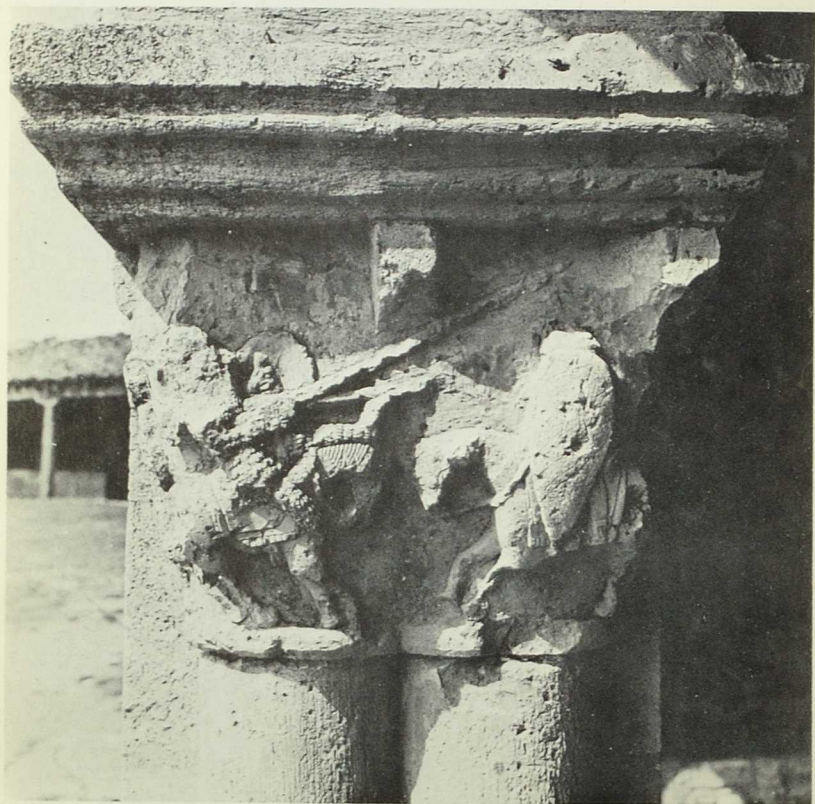
32
La ermita vista desde el S-O.



33 Puerta oriental de acceso a la galería porticada.



34 Combate entre caballeros armados
con lanzas,
en un capitel de la galería porticada.



35 Capitel en la puerta del este de la galería,
con grifos de tipo silense.



36 Conjunto de la galería del pórtico desde el interior.



Capitel y ábaco imposta a la derecha
de la puerta de entrada a la ermita.



38 Hornacina en el interior de la galería
con notables esculturas que ostentan
expresivas cartelas.



GUIAS DE CIUDADES MONUMENTALES DE ESPAÑA

- I. Mérida (Badajoz) (Ed. española, inglesa y francesa).
- II. Ubeda (Jaén).
- III. Baeza (Jaén).
- IV. Santiago de Compostela (La Coruña).
- V. Carmona (Sevilla).

GUIAS DE CONJUNTOS ARQUEOLOGICOS

- I. Clunia (Burgos).
- II. Tiermes (Soria).
- III. Numancia (Soria).
- IV. Segóbriga (Cuenca).

GUIAS DE LOS MUSEOS DE ESPAÑA

- I. Museo Arqueológico Nacional.
- II. Museo Arqueológico de Barcelona.
- III. Museo Arqueológico de Burgos. (2.ª edición)
- IV. Museo Romántico de Madrid.
- V. Museo Cerralbo de Madrid.
- VI. Museo Arqueológico de Murcia.
- VII. Museo Arqueológico de Sevilla.
- VIII. Museo Arqueológico de Toledo.
- IX. Museo de la Santa Hermandad de Toledo.
- X. Museo Salzillo de Murcia.
- XI. Casa de los Tiros de Granada.
- XII. Museo de Santa Cruz de Toledo.
- XIII. Museo de Arte Contemporáneo de Madrid.
- XIV. Museo Municipal de Reus (Tarragona).
- XV. Museo Provincial de Prehistoria de Santander.
- XVI. Museo de la Necrópolis de Carmona (Sevilla).
- XVII. Museo de Zabaleta de Quesada (Jaén).
- XVIII. Museo Nacional de Cerámica de Valencia.
- XIX. Museo Provincial de Bellas Artes de Cádiz.
- XX. Museo de Sacro Monte de Granada.
- XXI. Museo Provincial de Bellas Artes de Zaragoza.
- XXII. Museo de Paredes de Nava (Palencia).
- XXIII. Museo Arqueológico de Córdoba.
- XXIV. Museo Diocesano y Catedralicio (Valladolid).
- XXV. Museo de América.
- XXVI. Museo de Bellas Artes de Granada.
- XXVII. Museo de la Muralla Árabe de Murcia.
- XXVIII. Museo de Mallorca (Sección Etnológica de Muro).
- XXIX. Museo Nacional de Escultura (Valladolid).
- XXX. Museo Provincial de Bellas Artes de Sevilla.
- XXXI. Museo de la Huerta. Alcantarilla (Murcia).
- XXXII. Museo Catedralicio de Palencia.
- XXXIII. Museo Provincial de Alava.
- XXXIV. Museo Provincial de Huesca.
- XXXV. Necrópolis y Museo Monográfico del Puig des Molins (Ibiza).
- XXXVI. Museo Nacional de Escultura de Valladolid. (Sección de Pintura).
- XXXVII. Museo de los Concilios de Toledo y de la Cultura Visigoda.



SERVICIO DE PUBLICACIONES, DEL MINISTERIO DE EDUCACION Y CIENCIA